

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN

VARIOS AUTORES

ÍNDICE

Presentación: El tema de la estrategia en la SF, por Carlo Frabetti
Más profundo que la oscuridad (*Deeper than the darkness* © 1969), Gregory Benford
La ley desconocida (*The unknown law* © 1969), Avram Davidson
Sabotaje (*Sabotage* © 1966), Christopher Anvil
En negro de todos los colores (*In black of many colors* © 1970), Neil Shapiro
Bumbarbum (*Bumberboom* © 1966), Avram Davidson

PRESENTACIÓN - El tema de la estrategia en la SF¹

Nada más lógico que el hecho de que una literatura eminentemente especulativa, cuya orientación fundamental es la de abordar todo tipo de posibilidades futuras, se plantee constantemente cuestiones de táctica. ¿Qué habría que hacer si...? ¿Cómo nos enfrentaríamos a...? ¿Qué medidas se tomarán para...? Son preguntas que aparecen con mayor o menor intensidad en casi todos los relatos del género, y a las que se proponen las más variadas respuestas... cuando no se deja en el aire el interrogante, invitando al lector a que busque por sí mismo las posibles soluciones.

Y, obviamente, uno de los más graves problemas estratégicos que se puede plantear a la humanidad del futuro —suponiendo que logre resolver sus propias contradicciones y conflictos internos— es el enfrentamiento con una raza extraterrestre, especialmente si es hostil.

¹ Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

En la presente selección asistimos a varios de estos enfrentamientos, a diversas formas de abordar el tema del choque con mentes extrañas. Desde el chauvinismo fascistoide y triunfalista de *Sabotaje* hasta el fatalismo derrotista de *Más profundo que la obscuridad*, pasando por la perspectiva lírica e intimista de *En negro de todos los colores*, el lector podrá comparar los más diversos enfoques de la cuestión.

Y relatos como *Bumbarbum* o *La ley desconocida* servirán para recordar, entre extrapolación y extrapolación, que el hombre, a punto de enfrentarse al universo, aún no ha resuelto satisfactoriamente sus problemas tácticos internos.

Carlo Frabetti

MÁS PROFUNDO QUE LA OBSCURIDAD

Gregory Benford

He aquí un relato extraño y aterrador, en él que una humanidad futura y evolucionada se ve enfrentada con sus miedos más ancestrales, tras la lucha tenida con unos rivales extraterrestres que han comprendido que el mayor enemigo del hombre son sus mitos y sus miedos irracionales; por ello, tienen el acierto estratégico de dirigir su ataque contra este secular talón de Aquiles.

Faltaba una hora para el turno de la mañana. Yo estaba planeando el trabajo de costumbre que podría llevar a cabo en la pantalla, a fin de que no se interpusiera con la rutina de comer, con el empleo de la pantalla por parte de los niños en las horas de estudio, y con las mejores horas para dar un paseo por los tubos.

Los niños fruncían el ceño por algún motivo, y a mí me costaba concentrarme en los cambios efectuados en los esquemas de producción desde el día anterior. Si aquéllos no se anotan por la mañana, uno continúa enviando nuevos productos a los almacenes que ya no se ocupan de ellos y las pérdidas pueden devorar la comisión de todo el día como encargado, antes de que las quejas le lleguen a uno por el canal de realimentación.

Iba a efectuar esas anotaciones cuando sonó la hora de la primera lectura de los niños, y tuve que abandonar la pantalla. Me instalé, pues, en la mesa de comedor para revisar mis notas, pero no habían transcurrido ni diez minutos cuando empezaron a gruñir.

—Papá, ¿por qué tenemos que mirar algo tan anticuado? —se quejó Romana, irguiendo la barbilla—. Ninguno de los otros cubos de este bloque tienen ya el canal escolar.

—¡Hum! —gruñó Chark—. Es muy aburrido. Todo el mundo sabe que es imposible aprender de prisa sin cintas. Nos convertiremos en rene.

—¿Rene?

—Renegados —aclaró Angela, desde la enclaustrada cocina—. Es la nueva jerga. Tendrías que contemplar más a menudo el canal de espectáculos.

Las palabras eran normales, pero el tono no tanto. Aquella mañana había probado el manual del desayuno y no le había salido bien, pero desayunar —¿o también resultaba un término caduco?— era uno de nuestros puntos flacos. Angela estaba en el umbral y me miraba con la boca apretada.

—¿No crees que ya es hora de que empieces a escuchar lo que piensan los demás, Sanjen?

—No. —Desvié la mirada y comencé a subrayar parte de mis notas.

Chark bajó el volumen de la pantalla, y el cuarto quedó en silencio. Pero no iba a salir tan fácilmente de la discusión.

—Papá... Si leyese algunos de los artículos que te di —empezó a decir Chark, con tono mesurado y razonable—, y hablases con un consejero del centro, comprenderías por qué necesitamos las cintas. Tú mismo estuviste allí, papá, y...

—Sí —asentí—, estuve allí. Y en cambio, no estuvisteis vosotros. Creéis que todo lo que la Asamblea dice es bueno para la defensa común, pero no esperéis que yo...

Callé. No serviría de nada. No podía contarles la entraña de lo que sucedía allí... de lo que estaba encerrado en un archivador, con las marcas coloradas de «alto secreto» en la carpeta. Y, por supuesto, hasta que arrancasen dichas marcas de lacre yo no revelaría nada.

Angela rompió su rígido silencio, y por la forma en que habló comprendí que llevaba largo tiempo deseando decirlo.

—¿Por qué les hablas así? Aún te respetarán menos si quieres convertir en un gran misterio lo que hiciste allí. Tú eras sólo un simple capitán en un convoy de rescate enviado para recoger a los supervivientes de Regeln, después de ser atacado por los quarm. Y ni siquiera conseguiste rescatar a muchos.

—Ocurrió algo. Sí, de veras, ocurrió algo...

Los niños estaban callados y quietos, como suelen hacer cuando comprenden que los mayores se han olvidado de su presencia, y quizá esté a punto de estallar una riña. Angela y yo lo notamos al mismo tiempo.

—Está bien. Hablaremos de ello más tarde —accedí.

Los niños volvieron a su lectura, gruñendo entre sí, y Angela pasó al dormitorio, probablemente con un berrinche. Era otra mella en un matrimonio ya sumamente erosionado.

Hablaríamos más tarde y habría acusaciones y quejas, y yo no podría solucionar nada, ni explicar la verdad.

Pero ocurrió. Me atrapó una oleada de dureza, una amenaza, sutil y sin rostro, y la oleada me arrojó a esta playa de esterilidad espiritual. Para esperar y, mientras esperaba, para morir.

Ocurrió durante el rápido vuelo hacia el sistema de Regeln, para recoger cuanto allí quedaba antes de que volviesen los quarm.

La tripulación no se lo tomó bien. La Armada nos envió en un vuelo de rutina y equipó las naves con bastantes extras, a fin de situar al convoy en el nivel inferior de la clase de naves bélicas. Pero los hombres tardaron en reajustarse. La mayoría aún seguía inquieta respecto a los cambios introducidos. De repente, se tornaron *oraku*, o sea, una condición guerrera. Y no les gustaba, ni a mí tampoco, pero no podíamos protestar. Se trataba de una emergencia.

Los mantuve a todos fuera de babor, completamente ocupados, dándoles a las naves ese olor a metal de cañones, y esto los tuvo absortos por algún tiempo. Pero no tardaron en hallar tiempo suficiente para volver a estar nerviosos, dudando de todo. Al cabo de unos cuantos días, empezaron a presentarse los síntomas de costumbre: ansiedades, sentimientos de exclusión y pérdida de peso.

—Ya les dije a los de la Armada que ocurriría esto —manifesté a Tonji, mi ejecutivo—. Esos hombres no son capaces de resistir un cambio tan súbito de condiciones.

Quitó el sujetador que sostenía el informe diario y lo dejó caer sobre la superficie de la mesa con un lento movimiento. Tonji parpadeó con sus ojos de simio, lánguida, pensativamente.

—Creo que reaccionan excesivamente ante el supuesto peligro. Ninguno de ellos firmó para esto. Hay que darles tiempo.

—¿Tiempo? ¿Adónde voy a llevarles? Estamos sólo a unas semanas de Regeln. Y hay un grupo inmenso, diseminado por todo el convoy. Tendremos que convencerles rápidamente.

Inconscientemente puso los labios rígidos, gesto que probablemente asociaba con la obstinación.

—Será un gran esfuerzo, cierto. Pero supongo que usted comprende que no hay otra opción.

¿Había cierta nota de reto en su voz, junto con su condescendencia habitual? Callé unos instantes antes de replicar:

—Entonces, será preciso que los oficiales superiores también asistan.

—¿Cree que será suficiente, señor?

—¡Claro que sí! No tengo todas las respuestas en mi bolsillo. Durante años, este convoy sólo ha realizado vuelos de cabotaje.

—Pero ahora nos han destinado a...

—Cambiando las normas de una nave no se cambia a los tripulantes de la misma. Y los hombres no saben qué hacer. En el grupo no reina la confianza, porque todos intuyen la incertidumbre. Nadie sabe qué le espera en Regeln. Un tripulante no sería humano si no estuviese preocupado por ello.

Miré hacia el altar kensdai de mi camarote. Sabía que perdía a menudo el dominio de mis nervios y que no dirigía la conversación en la forma necesaria. Me concentré en el acabado de la madera que enmarcaba el altar, sintiéndome como fundido con la familiaridad de la misma. Me concentré en la parte externa, no en la central, del altar.

Tonji me obsequió con una mirada de apreciación.

—Los quarm fueron detenidos en Regeln. Por eso vamos hacia allí.

—Volverán. La colonia los ahuyentó, pero les costó muchas pérdidas. Y han transcurrido ya veinticuatro días desde que se marcharon los quarm. Ya has oído las señales de superficie, las únicas que hemos captado desde que quedó destruido su satélite de enlace. La agrupación de la clave es correcta, pero la fuerza de las señales ha disminuido y la transmisión apenas existe. Eso indica que las señales son lanzadas en malas condiciones, o quienes se cuidan de ello no saben manejar los aparatos... o ambas cosas a la vez.

—¿No piensa la Armada que pueda ser una trampa? —insinuó Tonji.

Sus rasgos mongoles, amarillentos a la luz difusa de mi camarote, adquirieron una expresión fría, malévol.

—No sé... ni ellos tampoco. Pero necesitamos información respecto al equipo y las tácticas de los quarm. Se trata de una raza de ascetas individualistas, y sin que sepamos cómo, se han puesto de acuerdo para colaborar contra nosotros. Y necesitamos saber cómo.

—Los primeros incidentes...

—Exacto: sólo fueron incidentes. Ataques sueltos. La Armada nunca consiguió una información coherente en las cintas que llegaron a su poder. No hubo supervivientes.

—Pero esta vez, los colonos resistieron un ataque concentrado.

—Sí. Y tal vez haya ahora buenos informes en Regeln.

Tonji asintió, sonriente, y salió del camarote tras las debidas ceremonias. Estaba seguro de que ya estaba al corriente de lo que le había contado, mas parecía querer extraerme todos los detalles y saborearlos.

Lo cierto es que cuanto mejor resultado obtuviese la misión, cuanto mejores fueran los informes, mejor sería el futuro de Tonji. Una guerra... la primera en más de un siglo, y la primera en el espacio profundo, tiene siempre el efecto de abrir el camino que conduce a la cima. Aleja la necesidad, para un joven oficial, de que tenga que ascender por grados jerárquicos.

Cogí una carta estelar de las proximidades de Regeln para estudiarla. Los quarm habían sido como un insecto que zumbaba más allá del alcance auditivo. Esto sucedió durante muchas décadas. Sólo hubo rumores ocasionales, contactos, anécdotas. Y después, la guerra.

¿Cómo? La Seguridad no se molestó en dar explicaciones a los oscuros capitanes de convoyes, y probablemente sólo estaban enterados del asunto unos centenares de hombres. Pero hubo un boletín cuidadosamente redactado respecto a ciertas negociaciones en los mundos patrios de los quarm poco antes de empezar la guerra. El Consejo trató de establecer una relación comunal con algún fragmento de la sociedad quarmita. Tal método ya había dado excelentes resultados anteriormente con la Falange y los angras.

Sabía que en los círculos intelectuales ello era como un dogma sagrado. El sentimiento de la comunidad era el aglutinador de la cultura. Con el tiempo, la fase correcta uniría incluso a las sociedades más diferentes entre sí. En dos casos, esto ya había dado buen resultado. Y ello nos forjaba un universo. Un mundo de suaves disonancias trocadas en armonías, en tranquilos rumores de manantiales de aguas confundidas.

Ante esto, los quarm eran como un violento latigazo de rarezas. Semejantes a eremitas, ofrecían poco y aceptaban menos. La intimidad, para ellos, se extendía a todo, y nosotros todavía no poseíamos una idea clara de su aspecto físico. Sus reuniones con nosotros habían tenido lugar con muy pocos negociadores.

Y el Consejo había actuado sobre esta leve base. Tal vez se había ignorado una prohibición, o se había pasado por alto una nimiedad. Pero la equivocación fue demasiado grande para que los quarm la perdonasen; y llegaron atacando hasta el borde de la comunidad humana. Regeln fue uno de sus primeros objetivos.

—Primera llamada a sabal —sonó la voz de Tonji por el altavoz—. Me pidió que se lo recordara, señor.

Era irónico que Tonji, con todos sus antepasados del antiguo Japón, convocase una partida de sabal, dirigida por mí, un caucasiano mestizo... y yo estaba seguro de que él se daba cuenta de tal cosa. Mi madre fue una polinesia, y mi padre un espécimen realmente raro: uno de los últimos americanos puros, nacido de los descendientes de los escasos supervivientes de la Guerra del Tumulto. Lo cual me situaba por debajo de muchas castas, incluso las australianas.

Al llegar a la adolescencia, todavía nos estaba permitido socialmente llamarnos *ofkaipan*, término casi análogo al de negroide en los primeros tiempos de la República Americana. Pero desde entonces se habían dictado ya los edictos de armonía. Supongo que tales edictos todavía son ignorados en las islas exteriores, pero con mi condición profesional resultaría un grave quebranto del protocolo que tal palabra llegara a mis oídos. A menudo, la he visto murmurada por los labios de algún ordenanza castigado, o por un oficial incapaz de olvidarse del color de mi piel. Pero nunca en voz alta.

Suspiré y me puse de pie, casi deseando que a bordo hubiera otro de nosotros, a fin de no sufrir momentos de completa soledad como éstos. Pero mi raza es escasa en la Armada, y se halla casi extinguida en la Tierra. Saqué mis vestiduras formales para el sabal y admiré su

delicado lustre antes de ponérmelas. Los sutiles rojos y violetas absorbían la atención y gastaban bromas a la vista. Estaban tejidas con el poliéster habitual, libre de lino, a fin de no arrojar al aire de la nave finas partículas de hilaza; pero habían hecho todo lo posible para darle al tejido un espesor extraordinario. Formaban parte del espectáculo, como los bailes y los cánticos. Mientras me vestía, ejecuté los pases de ritual, en tanto mis manos pasaban diagonalmente por delante de mi cuerpo, a fin de lograr emociones de totalidad, de paz. Los vagos temores que había permitido mezclarse a mis pensamientos también los sufriría la tripulación.

Cuando aparecí, cesaron los murmullos del salón de reuniones; saludé a la concurrencia y me acomodé en el exágono de hombres. Di principio a los ejercicios abdominales, sentándome muy erguido. Respiraba profunda y lentamente, en tanto ejecutaba movimientos con las manos. En lo alto del último arco conseguí ya todo el poder y, exhalando el aire fuera, descendí al foco, sintiéndome externo, *kodakani*.

Disminuí los juegos de las bolas, intuyendo el humor del exágono. Las bolas y las cuentas de vidrio reflejaban la luz en sus contracadencias, poniendo tonos rojizos y azulados en los muros. El familiar baile nos calmaba, por lo que movimos nuestras piernas para la contraposición, a fin de meditar. Mi cántico rítmico se debilitó lentamente en la acústica suave de la habitación. Y empezó el juego.

La primera tirada fue a través de una figura, un tripulante jugueteando con sus hojas de sabal. Escogió un párrafo de la Quest y lo presentó como apertura: Era un comienzo complicado: el Correo estaba dotado de sutilezas de carácter. El juego continuó. La silueta de nuestro problema fue trazada por los demás, mientras leían sus propias anotaciones en las hojas de la estructura del juego.

El Correo Real descendió por las colinas, y como tenía sed, hambre y fatiga, solicitó ayuda en el poblado. Era tal su misión, que la opinión que le merecieron los habitantes del pueblo, por sus costumbres, su honradez y su justicia —no sólo hacia él sino consigo mismos— fue trasladada a la Presencia Real. Y desde allí, según se dice, al Cielo. Después fue de casa en casa...

Tras haber efectuado casi todas las anotaciones, el intrincado problema establecido mostró subtonos oscuros de miedo y temor, como era de esperar.

Repetí el rito de las cuentas de vidrio. Y dejándolas resbalar lentamente por entre mis dedos, comenzó la segunda parte del sabal: la propuesta de la solución. De nuevo el dibujo danzó entre los jugadores.

Los jugadores son dos. Y sólo es posible efectuar dos elecciones: rojo o negro. Mientras el otro jugador está escondido, al primero sólo le transmiten sus decisiones. Si ambos eligen el rojo, los dos ganan un punto; si escogen el negro, lo pierden. Mas si uno escoge el rojo y el contrario elige el negro, éste gana dos puntos y el primero pierde dos.

Gana el que colabora en espíritu, el que presiente el Total.

El sabal es infinitamente más complicado, pero contiene los mismos elementos. El problema establecido por los hombres resulta oscurecido por sutiles corrientes de angustia e inseguridad.

Pero ahora el juego volvía a mí. Contemplé la solución que se formaba en torno al exágono. Gozaba en la armonía del espíritu, indicando un leve descontento al intentar modas divergentes, rechazando la victoria personal y acercándome más a mis hombres.

—Libraos de todas las ataduras —entoné—, y llevad al descanso las diez mil cosas. El camino está despejado, pero lo buscamos muy lejos.

El talante de los ánimos cambió muy lentamente al principio, y la incertidumbre predominaba aún, pero con el ritmo de la repetición se llegó a un compromiso. La ansiedad comenzó a desaparecer. Y se debilitaron las imágenes conflictivas del juego.

Capté la elevación de los ánimos hasta su auge, salmodiando alegremente, al tiempo que dejaba el juego en reposo. Impuse el destello soñador de las bolas y las cuentas de vidrio, sintonizando gradualmente las visiones hasta vernos envueltos por la obscuridad. Luego, reinó el silencio, la quietud.

El fuego ardía y la perola de hierro cantaba en el hogar. El exágono se deshizo y salimos de allí, moviéndonos concertadamente.

El juego de nuestra nave capitana se contaba entre los mejores, pero no era suficiente para toda la misión. Ordené el sabal lo más a menudo que pude en todas las naves, esperando que nos mantuviera en la fase correcta. Yo no tenía tiempo de asistir a todos los juegos, porque nos estábamos acercando al objetivo y no se habían planeado todavía todos los detalles.

En la hora que precedió al salto, me aseguré de ser visto desde todas las partes de la nave, moviéndome confiadamente entre los tripulantes. El número de naves perdidas en un salto siempre es pequeño, pero se eleva peligrosamente en un caso como aquél, y todos lo sabían.

Terminé en el puente central para observar el proceso, aunque era virtualmente automático. Los especialistas y los tripulantes se movían con rapidez a la luz tristemente rojiza que simulaba el crepúsculo. A las veintidós horas y quince minutos antes de que las calculadoras nos dieran la señal de la caída, di la orden tradicional de continuar. Era una pura formalidad, pero en teoría la sincronización podría verse detenida incluso en el último momento. En este caso, los requerimientos de calcular el tiempo demorarían el salto en varias semanas. Las calculadoras eran la clave.

Y así fue. Convertir una nave en taquiones en el espacio real en el tiempo de un nanosegundo es un proceso increíblemente complicado. Los hombres lo inventaron, pero nunca podrían controlarlo sin la coordinación perfecta de la microelectrónica.

Contemplé los rostros inescrutables y competentes que me rodeaban en el puente. Faltaba algo más de un minuto para el salto. Todos los semblantes mostraban la tensión del momento, aunque algunos intentaban ocultarla. El proceso no era perfecto y lo sabían.

Nada se había dicho al respecto a nivel de la Armada, pero la maquinaria microelectrónica se había ido desgastando con los años. Las técnicas se perdieron gradualmente; cada vez eran más raras las naves construidas manualmente y se utilizaban semimedidas. Ello formaba parte de la lenta declinación que nuestra sociedad sufría desde mediados de siglo. Era casi de esperar.

Pero aquellos hombres apostaban sus vidas en el salto, y sabían que éste podía fallar.

Las campanillas resonaron en los corredores, indicando la proximidad del salto. Sentía a los hombres que me rodeaban en las cubiertas, casi en tinieblas, encima de las colchonetas de tatami. Aguardaban.

Hubo una cuenta audible, un momento de tensión, y cerré los ojos en el último instante.

Un arco brillante destelló delante de mis párpados, mostrando en evidencia los vasos sanguíneos, y escuché el sonido susurrante y oscuro del vacío. Se abrió un pozo ante mí y comencé a experimentar la sensación de la caída.

Luego, los fluorescentes zumbaron de nuevo y todo fue normal; se aliviaron las tensiones y los hombres sonrieron.

Observé por la mampara de proa y vi el tembloroso halo de gas que rodeaba la estrella de Regeln. A nuestra velocidad atravesaríamos aquella distancia en un día, y el pozo potencial nos conduciría directamente al sol. No había mucho tiempo que perder.

Teníamos que actuar de prisa, cortando el reborde de plasma en torno a la estrella de Regeln para disimular nuestra presencia. Si caíamos con aquel disco al rojo vivo a nuestras espaldas, gozaríamos de un buen margen de tiempo sobre cualquier sistema detector que nos estuviese buscando.

Regeln es como cualquier mundo con vida: infinitamente variado, monótonamente triste, con grandes contrastes por doquier, .indescriptible. Alberga cinturones de jungla, masas grises de montañas, ríos serpenteantes y heladas llanuras azuladas. El aire está lleno del zumbido de los insectos, el pataleo de los herbívoros, el suave chasquido de los dientes al encontrarse. Y hay vientos que ensordecen, océanos que ríen y tranquilidad al lado de la violencia. Es como cualquier otro mundo que valga el tiempo del hombre.

Pero su corteza contiene muy pocos de los elementos pesados necesarios para la construcción de una estación de caída o una base de reparaciones. Por eso quedó bajo el dominio de la sección colonizadora de la Armada. Se trasladaron todos allí rápidamente, con xenobiólogos para realizar los milagros de costumbre, a fin de tornar la atmósfera respirable.

La vida salvaje creó algunos problemas, pero durante los más de veinte años que estuvieron recreando la atmósfera, despejaron un continente, librándolo de las especies más malignas. Había, entre otros animales, un escorpión de cuatro metros que corría como una gacela. Lo vi en el zoo de la Tierra, y me estremecí.

La hora de caída nos cogió con sólo los rudimentos de una red defensiva. No había tiempo para adiestrar a los hombres, y constantemente echábamos de menos el equipo necesario. En

tanto nos deslizábamos hacia el sistema de Regeln, deseé mil veces una maquinaria de vigilancia mucho mejor a la nuestra.

Pero las naves quarm no se presentaron a la vista, y ningún cohete se elevó a nuestro encuentro. Tonji quería salir de aquel sitio lo antes posible. Yo me opuse y entramos en una órbita monociclo «tajada de naranja», con el fin de echar una ojeada antes de descender, pero resultó que no había nada que ver.

Nuestra base estaba totalmente cerrada. Ningún vehículo se movía en las carreteras, ni había aparatos de vigilancia, los llamados zánganos. Yo tenía fotocopias de las defensas de la base, incluso de los agujeros de los periscopios, pero cuando la registramos no hallamos señal de que hubiera nada abierto. Esparcidas por encima de las granjas y los campos de cereales se veían unas nubes azuladas, pero nada se movía en la superficie del planeta.

No había tiempo para meditar, hacer descender sondas o jugar al gato y el ratón. Coloqué un conjunto de zánganos en el perímetro del sistema defensivo, allí donde la radiación de la estrella no ocultaría la luz de ninguna nave quarmita, aunque no podía confiar completamente en ello.

—Los patines listos, señor —me anunció Tonji.

—Bien. Que bajen los tres inmediatamente.

Los patines eran rápidos y podían manejarse usualmente en torno a las defensas manuales. Aterrizaron fácilmente y formaron una defensa triangular en el valle donde estaba instalado el cuartel general de la colonia, enterrado bajo una montaña. Cuando los patines se hubieron enfriado hasta el punto mínimo de seguridad, los patinadores sacaron los deslizadores y se alejaron, registrando las entradas disimuladas. Ninguna señal salía de la montaña. No había destellos, marcas ni signo alguno de armas.

Un piloto aterrizó cerca de la entrada principal, dispuso su equipo de radiación a más velocidad y probó las alarmas manuales montadas con propósito de emergencia cerca de la puerta abovedada. Nada.

Lo vi todo por televisión, junto con una serie de datos procedentes de las demás naves diseminadas en órbita en torno a Regeln. El piloto pidió más instrucciones desde tierra. Por el sonido de su voz comprendí que la orden que esperaba era la de volver a subir, lo antes posible, aunque no confiaba en recibirla.

Y no se la di. No podía dársela. No es posible marcharse de una colonia que está en apuros, aunque parezca una trampa.

—Que utilice sus zapadores —exclamé—. Que se acerquen todos los otros y que, no obstante, sigan vigilando todas las entradas desde las órbitas. Tardaremos bastante en abrir, pero tenemos que echar un vistazo dentro. —Tonji asintió y empezó a dar las órdenes por código—. Añade que yo también bajaré.

Me miró sorprendido por primera vez desde que le conocía. Llamé a Matsuda y le entregué el mando temporal del convoy en órbita.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

